

ENTRE VOZ Y SILENCIO. DE LA LECTURA ANTIGUA A LA LECTURA MEDIEVAL

Bizancio, período macedonio: es a partir de esta época cuando, por primera vez desde la Antigüedad Tardía, vuelve a florecer, con una exuberancia que no dejará ya de aumentar, la epistolografía, quizás el género literario más cultivado y apreciado en la cultura bizantina. Es la epistolografía la que se convierte en nuestra fuente básica cuando se quiere indagar acerca de la modalidad de lectura habitual en Bizancio, la sonora, ya que las epístolas solían leerse normalmente en voz alta. Se trataba en consecuencia, no tanto de una simple lectura, cuanto más bien de una *performance* – casi una ceremonia – en la cual la audición de la voz lectora, que constituía su elemento nuclear, era habitualmente acompañada de otras experiencias posteriores, orales y visuales. La llegada de aquél al que se había confiado el mensaje escrito, el así llamado *κομιστής*, la presentación de este último ante el destinatario, la entrega de la carta (y a menudo también de presentes), son todos momentos que preceden al de la verdadera y concreta *performance* de la apertura de la carta y de su lectura por obra del propio destinatario, del *κομιστής* o de otras personas. La lectura de la carta iba acompañada en muchas ocasiones de la experiencia oral de las noticias referidas verbalmente por el propio *κομιστής*, así como de la otra experiencia, la visual, la propia del escrito, de los signos gráficos. Dentro de esta misma experiencia visual podía incluirse también el sello, que era al mismo tiempo prueba de autenticidad y objeto de arte. En el así llamado ‘Scylitzes matritensis’ – un manuscrito iluminado de la Biblioteca Nacional, Vitr. 26-2, que contiene una *Crónica* escrita por Juan Scylitzes a fines del siglo XI – muchas escenas ilustran algunas de las fases de este intercambio epistolar en Bizancio.

Así pues, el elemento dominante de la *performance* – ya tuviese lugar ésta en el círculo restringido y absolutamente privado del

destinatario, o bien en reuniones colectivas y salones literarios – era la voz lectora, la cual transformaba los signos de la escritura en sonidos que la *Hochsprache*, la lengua de la alta cultura retórica en Bizancio, convertía en eruditos y armoniosos. Entre los autores de época bizantina, especialmente durante los siglos XI-XII, son muy frecuentes las alusiones a la lectura de cartas como audición y a la dimensión visual de ésta. Estas referencias culminan en la audaz metáfora que identifica a la propia epístola con la golondrina y el ruiseñor, los pájaros de voces más dulces y canoras. En esta comparación hay una circunstancia que desempeña también un papel: desde la Antigüedad Tardía la golondrina y el ruiseñor se asociaban a la Atenas del pasado y a la lengua ática, y por ello en Bizancio aludían a la *Hochsprache* que justamente se nutría de esa lengua ática. No obstante, en los autores bizantinos puede captarse en ocasiones un matiz algo diferente en esta metáfora, según el cual $\chiελίδων$ y $ἀήδων$ hacen referencia al mismo tiempo, por un lado al negro de la tinta, el escrito, representado por la golondrina, en el cual se expresaba la lengua, y por otro a la musicalidad retórica, representada por el ruiseñor, que hacía que del escrito emergiera la lectura sonora. Teodoro de Cícico, en una carta a Constantino Porfirogéneto, denomina $\chiελιδόνες$ y $ἀηδόνες$ a las cartas que escribe. Y Miguel Pselo se complace de que sus cartas sean consideradas un ruiseñor que, elevando su canto, hace resonar el bosque con él. Del mismo modo se expresa también Juan de Eucaíta: «yo sentía la estación, no como si fuera primavera, sino ya otoño; sin embargo ¿de dónde [llega] ahora hasta mí un ruiseñor de primavera? Hace que su voz se sienta no de lejos, desde un bosque o una espesura, sino que – y esto es lo que más maravilla – vuela entre mis propias manos y aquí, modulando gracias a mí notas primaverales, me embelena el oído con la dulce armonía de su canto. Pero, por decir algo todavía más agudo, este maravilloso [pájaro] se asemeja por su voz a un ruiseñor, pero por su apariencia a una golondrina, pues de hecho canta con voz límpida y melodiosa pero en su aspecto muestra ser una mezcla perfecta de dos colores opuestos: sobre el blanco del pergamino resalta el negro de la escritura...». Juan Tzetzes sigue también el camino hollado por sus predecesores y hace de la carta una golondrina que esparce miel en sus orejas, puesto que – se entiende– del negro escrito emergen, mediante la voz que lee, las modulaciones del discurso retórico. Miguel Coniatis, cuando

ha abierto y lee la carta, cree hallarse en un bosque en el que cantan ruiseñores. Para Eustacio de Salónica una carta, por pequeña que sea, anuncia, como si fuera también una golondrina aislada, el paso del invierno a la primavera.

Gracias siempre a la voz lectora la carta se configura como λαλιά, de forma que Teofilacto, arzobispo de Ocrida en Bulgaria, sintiéndose lejos de Constantinopla, invoca la conversación con los amigos – τῶν φίλων λαλιά – y les reclama por ello cartas. Dirigiéndose a Nicéforo χαρτοφύλαξ le escribe del siguiente modo: «No me prives de esta maravillosa conversación y haz que siempre pueda sentir tu voz». Al mismo Teofilacto, destinatario de una carta del patriarca Nicolás III Gramático, parece que ésta le purifica la lengua, el oído, los ojos, ya que en Bizancio es inextricable el nexo que une lectura, audición y visión; y el docto arzobispo de Ocrida se propone responder al patriarca – aunque quitando importancia, con falsa modestia, a su propósito – con λόγοι μακροὶ καὶ πολύστιχοι καὶ σοφία περικτυπούσα τὰς ἀκοάς. Y José Brienio escribe a Alejo Apocauco: «... tus ojos me observan, tú escuchas mis señales, porque la letra que tienes en las manos está escrita por mi mano. Las palabras que tú escuchas mediante la lectura son precisamente mis palabras».

En otras ocasiones la epístola es leída delante de un auditorio, como la del César Nicéforo Brienio a la que responde así Miguel Itálico: «...*aunque sea invisible, yo siento el sonido de tu voz*»; y después de esta cita de Sófocles (*Ayax* 15-16) continúa más adelante: «cuando fue entregada y abierta tu carta en el λογικὸν θέατρον, hizo sentir su voz y su canto – oh discursos, oh Musas, oh refinada retórica – hasta un extremo que no sabría yo describir; ¡cómo resonó, qué grata resultó, cómo deleitó a todos!» En este λογικὸν θέατρον hay que ver a un círculo de literatos y eruditos, casi con seguridad el mismo que, descrito en otra parte como un λογιώτατον θέατρον, se reunía en torno a la emperatriz Irene Ducas, y del cual formaba parte Miguel Itálico. Con posterioridad a esta época, entre fines del siglo XIV y principios del XV, Manuel II Paleólogo menciona frecuentemente en su correspondencia lecturas de epístolas en reuniones de esta clase. La carta de un tal Trivolas llega a ser leída ante un amplio auditorio, que la cubre de aplausos que llegan a sacudir todo el θέατρον; igualmente, después de la lectura de una epístola de un influyente y erudito hombre de corte, Manuel Raúl, los pre-

sentes, radiantes de alegría – φαιδρότεροι...γὰρ ἐφαίνοντο – casi se pusieron en pie de un salto para aplaudir; este ponerse en pie de un salto, el aplauso y la alabanza entusiasta acompañan también la lectura de las cartas de Demetrio Crisoloras. La habilidad retórica de cartas de esta clase recordaba el poder de seducción de la flauta de Timoteo de Mileto y de la lira de Orfeo. Por encima de estas muestras de entusiasmo y de atención estaba siempre la voz lectora, que extraía armonía sonora de los artificios retóricos del texto escrito.

La epístola documenta quizás el aspecto más aparente de la lectura en voz alta en Bizancio, la cual, al menos en los niveles de la cultura más elevada, fue práctica habitual, mientras quedan todavía por sondear mejor formas de lectura silenciosa entre aquellas capas de individuos cultos, que aunque no estaban empapados de retórica, leían sin embargo libros de otra índole, especialmente escritos eclesiásticos y crónicas. No obstante, el hecho de que ya en la enseñanza elemental se impartiera la norma de «... leer siempre en voz» alta, induce a pensar que otras modalidades de lectura, si es que las hubo, no pasaron de ser ocasionales y limitadas. En cualquier caso, la lectura sonora, por lo que respecta a la literatura bizantina, no se limitó desde luego a las cartas. Términos como λογικὸν θέατρον ο λογιώτατον θέατρον, o sencillamente, θέατρον ο κύκλος, apuntaban de hecho, con diversos matices, a la existencia de círculos en los cuales se reunían asociaciones de hombres de letras para leer, no sólo cartas de los miembros ausentes, sino también obras diversas. Ésta era, pues, la manera en la que se daban a conocer los nuevos escritos, como sucede, por ejemplo, para el tratado *Περὶ ψυχῆς* de Nicéforo Cumno, por lo que testimonia Teodoro Irtaceno, presente en la lectura pública que se hizo de él. Es necesario llamar también la atención sobre términos como αὐτοσχεδιάζω, αὐτοσχεδίως, ἐξ αὐτοσχεδίου que aparecen en ciertos títulos: en estos casos se trata de discursos pronunciados en público y que se presentaban como ‘improvisados’, aunque en realidad el autor debía tener delante de él, ya en ese momento, un texto escrito a partir del cual leía, por más que el discurso en sí pudiera haber sido redactado bajo la bandera de la improvisación o en poco tiempo (y tal vez revisado más tarde para su difusión escrita). Todo hace pensar además que incluso las novelas escritas en griego demótico – las llamadas διηγήσεις ἑρωτικαὶ καὶ ξέναι – que florecieron en los últimos siglos de

Bizancio, fueron destinadas a la lectura sonora delante de un auditorio. Un indicio interno de ello lo tenemos concretamente, sobre todo en determinadas redacciones de estas novelas, en la masiva presencia de *verba audiendi*, y un indicio externo en huellas reconstruidas a través ciertas tradiciones manuscritas, como en la de *Rodamne y Libistro*, novela que se halla subdividida en cuatro capítulos que llevan la rúbrica λόγος o ἄκουσμα, que implica una lectura/recitación en un θέατρον. En todos los casos lectura y audición se encontraban indisolublemente ligadas en la difusión y recepción de las novelas escritas en lengua vulgar. La pregunta que cabe es, más bien, si la práctica de leer/escuchar escritos narrativos en círculos literarios, sobre todo en la corte, había afectado también en Bizancio a la novela antigua o a la que floreció en época de los Comnenos.

Se impone una reflexión. Cuanto se ha dicho aquí desmiente la tesis de Sergej Averincev, acogida sobre todo por Alexander Kazhdan, de que a un «sprechendes Altertum», una Antigüedad oral, de la palabra hablada, habría sucedido un «stummes Byzanz», un Bizancio mudo. Por el contrario, en Bizancio llegó a perpetuarse y valorarse especialmente la modalidad de lectura en voz alta que es reconocida como la más difundida en la Antigüedad grecorromana, hasta el punto de que se ha querido adoptar la significativa expresión de *voces paginarum* para designar esta época. Bajo este aspecto no hubo por lo tanto ninguna fractura en el curso de la Antigüedad Tardía entre la época precedente y la de Bizancio.

La cuestión debe ser considerada desde otro ángulo totalmente distinto, un ángulo visual. En el mundo antiguo – y estas prácticas se difundieron todavía más en la Antigüedad Tardía – existían, junto a la más usual lectura en voz alta, modalidades de lectura a media voz o totalmente silenciosas, que de algún modo quedaron como prácticas marginales. No pretendemos aquí sacar a colación la masa de testimonios recopilados y discutidos por otros sobre esta modalidad de lectura, sino simplemente subrayar de qué modo la modalidad en voz baja o silenciosa estuvo relacionada por lo general con prácticas de lectura ajenas a los procedimientos regulares de la retórica. No es casualidad que numerosísimos testimonios al respecto hagan referencia a lectura de escritos como despachos, órdenes o comunicaciones extemporáneas. Pero hay más aún. Considérese el pasaje de Plutarco de la *Vida de Bruto* en el cual este último pre-

tende leer en silencio en el campamento un libro, envuelto en la oscuridad y la σιωπή de la noche: «Bruto estaba meditando y analizando en su interior alguna cosa cuando le pareció sentir que alguien entraba; se giró para mirar hacia la apertura de la tienda y vio una aparición terrible y monstruosa: un ser inusitado y espantoso estaba erguido en silencio junto a él. Cuando cogió valor para hablar, le preguntó: ‘¿Quién eres, hombre o dios? ¿Con qué intención has venido aquí junto a nosotros?’ El fantasma le respondió con voz sorda: «‘Soy tu genio cautivo, oh Bruto, me volverás a ver en Filipos’». Tómese en cuenta, además, cuanto relata el santo-filósofo Arignoto en el diálogo *Philopseudeis* de Luciano: «La casa estaba deshabitada desde hacía mucho tiempo por culpa de unos sucesos espantosos: si alguno iba allí para alojarse, al punto huía aterrorizado, expulsado por un fantasma terrible y horripilante. El edificio estaba por consiguiente en ruinas, el techo se caía a pedazos y no había absolutamente nadie que se atreviera a entrar en él. Yo sin embargo, cuando tuve conocimiento del hecho, tomé los libros – tengo unos pocos, egipcios, con historias de este tipo – y me fui a la casa al caer la oscuridad... Después de coger una lámpara, entro sólo, dejo la luz en la estancia más grande y me pongo a leer en silencio, sentado en el suelo. He aquí que se presenta el démon, que cree que se las tiene que ver con uno de tantos y espera asustarme también a mí como a los demás: era sucio, con el pelo largo y más negro que las tinieblas». En otro campo, en el de la narrativa, Apuleyo invita al lector al principio de sus *Metaformosis* a leer su obra *lepido susurro*; y en la novela *Leucipe y Clitofonte* de Aquiles Tacio, como si se quisiese proponer en ella un modelo de lectura, el protagonista lee con la cabeza inclinada sobre el libro, en silencio, para poder echar miradas furtivas a la amada que está más allá de una puerta. Por lo tanto, visiones monstruosas e inquietantes se asocian a la lectura silenciosa; ‘en silencio’ son leídos los libros de magia; las fórmulas mágicas se pronuncian en voz baja, con murmullos; un *lepidus susurrus* o el silencio acompaña la lectura individual de fábulas o relatos. En el mundo antiguo, en definitiva, el hablar a media voz, el susurro o el silencio se asocian a la lectura solitaria, íntima y a lo fantástico, mágico, novelesco.

El cristianismo y la Iglesia contribuyeron no poco, a su vez, a difundir cada vez más estas modalidades de lectura, que respondían mejor no sólo al género de escritos que difundían el mensaje cris-

tiano, sino incluso a la interiorización y a la meditación propias de éste, especialmente cuando se trataba de las Sagradas Escrituras. Debe subrayarse, dentro de este aspecto, la continuidad entre lectura y plegaria a la luz del significado que ésta llega a asumir en las prácticas cristianas: «para el pagano lo importante era el hecho material y externo de la pronunciación en voz alta; para el cristiano, en cambio, lo esencial es el sentimiento interno del espíritu que acompaña al movimiento de los labios». Aún más: el primitivo cristianismo, en la medida en que se contraponía a la *religio* oficial, a sus espacios públicos y a sus invocaciones en voz alta, no podía adoptar en muchos casos más que las modalidades de plegaria propias de la *superstitio* y de los espacios privados, en los que esta última, en sus formas más variadas, se había manifestado siempre y continuaba manifestándose en el mundo antiguo, ya que se caracterizaba justamente por fórmulas y plegarias pronunciadas en voz baja. Pero de otra parte y en un sentido más general, el mismo cristianismo, al institucionalizarse, introducía una actitud mental hacia la lectura muy distinta de la del pasado: el ‘placer del texto’ propio de la lectura de entretenimiento literario en voz alta era remplazado por la meditación sobre las Sagradas Escrituras, sobre obras apologéticas o de edificación, sobre textos que debían recuperarse para el pensamiento cristiano o adaptarse a él. Se trataba por lo tanto de una lectura concentrada, atenta, repetitiva en la medida en que era objeto de reflexión continua y era la lectura silenciosa la que sin duda mejor se adaptaba a ella.

En la Antigüedad Tardía, por lo tanto, llegan a practicarse en igual medida tanto una lectura retórica en voz alta como una lectura murmurada y silenciosa. Estas diversas modalidades se correspondían de vez en cuando, de hecho, con el tipo de texto que era objeto de lectura, con la situación o con el estado de ánimo, con las intenciones que en él determinaban el acto de lectura, con el marco en el que éste se desarrollaba, con la función de la lectura misma. Pero en la transición a la Edad Media, entre Oriente y Occidente llegó a producirse una fractura. En Bizancio la modalidad de lectura en voz alta continuó existiendo, prevaleció y fue, así, posteriormente revalorizada, puesto que estaba ligada a la cultura retórica – que mantenían con vida los literatos, filólogos, copistas-filólogos, círculos eruditos salidos de las clases altas de la sociedad laica y eclesiástica – que nunca llegó a desaparecer del todo y que por el contrario,

después de los llamados ‘siglos oscuros’ reapareció aproximadamente a partir del año 800 con el así llamado ‘primer humanismo bizantino’, mientras por otro lado, como ya ocurría en la Antigüedad, las modalidades de lectura murmurada o silenciosa quedaron como prácticas marginales.

Otro fue el rumbo que tomó Occidente. Aquí, después de la época de las grandes invasiones, las devastaciones que las siguieron y la constitución de los reinos bárbaros, clases y personas cultas, salones literarios y asociaciones eruditas de antigua tradición, fueron menguando poco a poco hasta desaparecer por completo; entre tanto lo viejos canales de la enseñanza escolar no sólo superior, sino también elemental, entraron en crisis y quedaron arruinados; la sociedad en su conjunto se hizo cada vez más inculta y finalmente ampliamente analfabeta. En esta situación, a partir del siglo VII aproximadamente, las instituciones episcopales y monásticas terminaron por asumir una función sustitutiva, recuperando en su interior la misma enseñanza escolar y con ella las prácticas de escritura y lectura conectadas con ella, las cuales llegaron a ser así, durante mucho tiempo, privativas de los predicadores. Pero el cristianismo y la Iglesia, a pesar de que practicaban en determinadas ocasiones – las de las lecturas comunitarias y los oficios litúrgicos – una lectura en voz alta, tendían a privilegiar, como se ha dicho, la lectura murmurada y silenciosa. En el siglo IV, por lo que refiere San Agustín de Ambrosio de Milán, el gran obispo y santo, «cuando [éste] leía, sus ojos se deslizaban a lo largo de la página y la mente captaba el sentido de ésta, pero la voz y la lengua permanecían inmóviles. A menudo, encontrándose allí..., lo veíamos leer así, en silencio». Y el mismo San Agustín, al menos en determinadas ocasiones o situaciones, leía *in silentio*. Más tarde, en la España visigoda del siglo VII, Isidoro de Sevilla se pronunciaba a favor de la *lectio tacita*, pues se intuye mejor el sentido cuando «la voz del que lee se extingue y la lengua se mueve en silencio». En los círculos episcopales, por lo tanto, la lectura habitualmente practicada era la silenciosa. Finalmente, el monacato, con la adopción de la *taciturnitas* como norma de vida, en el momento de la transición de la Antigüedad Tardía a la Alta Edad Media, contribuyó también él a hacer prevalecer en Occidente una lectura silente o en voz baja, mascullada, hasta el punto de que en el léxico latino medieval se la califica con términos como *meditatio* o *ruminatio*.

En la Edad Media occidental, a diferencia de Bizancio, donde la lectura es normalmente sonora – y en el caso de la epístola es *λαλιά*, conversación, o canto armonioso de la golondrina y el ruiseñor al que la voz hace resonar – la modalidad prevalente de lectura es aquella impuesta por las únicas personas capaces de practicarla, los predicadores de las instituciones episcopales y monásticas, una lectura por lo tanto que, como señala Juan de Saint Arnoul en el siglo X, es un amortiguado y monótono «zumbido de abeja».

Bibliografía esencial

- F. di Capua, «Osservazioni sulla lettura e la preghiera ad alta voce presso gli antichi», *Rendiconti della Accademia di Archeologia, Lettere e Belle Arti di Napoli*, N.S. 28, 1953, pp. 59-99.
- G. Karlsson, *Idéologie et cérémonial dans l'épistolographie byzantine. Textes du X^e siècle analysés et commentés*, Uppsala 1962, 2^a ed.
- M. Mullett, «Aristocracy and Patronage in the Literary Circles of Comnenian Constantinople», *The Byzantine Aristocracy IX-XIII Centuries*, Oxford 1983, pp. 173-201.
- H. Hunger, *Schreiben und Lesen in Byzanz. Die byzantinische Buchkultur*, München 1989.
- M. Mullett, «Writing in Early Mediaeval Byzantium», *The Uses of Literacy in Early Mediaeval Europe*, Cambridge 1990, pp. 156-185.
- A.K. Gavrilov, «Techniques of Reading in Classical Antiquity», *Classical Quarterly* 47, 1997, pp. 56-73.
- A. Stramaglia, *Res inauditae, incredulae. Storie di fantasmi nel mondo greco-latino*, Bari 1999.

[Traducción del italiano de Juan Signes]

GUGLIELMO CAVALLO